

testimonios que podrían considerar a Orfeo como proveniente del ámbito diurno o celestial (apolíneo). Esta comunidad creó poemas, a los cuales hacen referencia los autores de la época clásica, particularmente Platón, y los poetas. Su doctrina es dualista, hablan de un aspecto celeste y otro terreno, y presentan una teoría completa de la naturaleza humana, de la salvación y de la vida futura.

Consecuente con esta tesis central el libro se desarrolla en ocho capítulos, en el primero de los cuales se hace un exhaustivo análisis de los datos objetivos sobre Orfeo, cuidadosamente valorados según las más serias investigaciones. En el segundo capítulo expresa su tesis sobre el Orfismo como doctrina y en el tercero la relación entre Orfeo y su propia doctrina y la historia del Orfismo como movimiento religioso.

En los tres capítulos siguientes se dedica al estudio pormenorizado de tres aspectos de la doctrina órfica. La creación y los dioses según la cosmología propuesta por el movimiento, la vida futura y la vida terrena y las prácticas culturales.

El libro se cierra con dos capítulos que pueden ser considerados apéndices, ya que el mismo autor nos advierte que no se trata de un estudio completo sino de avances por donde debe continuarse la investigación. En primer lugar la influencia y resonancia de Orfeo en los otros pensadores religiosos griegos y en segundo lugar el orfismo en el mundo helenístico y grecorromano hasta la época del Cristianismo.

El estudio se completa con un índice alfabético con ilustraciones y referencias bibliográficas. Todo ello contribuye a aumentar el caudal del aporte en las dos direcciones indicadas: objetividad de los testimonios y originalidad de las interpretaciones, pero siempre mantenidas cuidadosamente distinguidas, lo que es un índice más de su valor. Es un libro importante, por lo tanto, no sólo desde el punto de vista de su especialidad, sino para los estudiosos de la filosofía griega que quieran obtener un conocimiento más profundo de las relaciones entre su religión y su primitiva filosofía.

CELINA A. LÉRTORA MENDOZA

HECTOR D. MANDRIONI, *Rilke y la búsqueda del fundamento*, Edit. Guadalupe, Buenos Aires, 1971, 435 pp.

Este libro de Mandrioni consta de cuatro partes. En la primera parte se propone ya el marco en el que se ha de mover toda la reflexión de la obra. Sus capítulos se titulan: *Búsqueda del Fundamento*, donde se plantea el problema del fundamento del mundo y de la existencia y el advenimiento del mismo en la forma de la palabra poética: *El diálogo Filosofía-Poesía*, y *La Décima Elegía y el Soneto II, 13*, que son las dos obras analizadas por Mandrioni. En las partes segunda y tercera se analizan detalladamente esas obras, y en la cuarta parte expone el autor sus conclusiones y valoraciones sobre el material estudiado. Estas conclusiones y valoraciones están hechas conforme a la intención filosófica que informa todo el trabajo de Mandrioni.

Creemos que todos los temas rilkeanos que se abordan en este libro podrían ser agrupados bajo un título general: "El tema de lo visible y lo invisible". En efecto, todo el drama de la existencia parece jugarse para Rilke entre los polos de la visibilidad carnal y la presencia intangible y eterna. La realidad, las cosas físicas que nos rodean muestran al ojo atento dos dimen-

siones diversas: una dimensión fáctica y otra no-fáctica. Las cosas impresionan en su inmediatez material nuestros sentidos, son "facta" que aparecen y desaparecen en las coordenadas espacio-temporales, constituyen el marco inmediato de nuestra existencia en el mundo de la vida cotidiana. En esta inmediatez las cosas suelen no trascender para el hombre las categorías de "instrumento" y "obstáculo", son coadyuvantes o frenos de su desplazamiento horizontal-físico.

Pero las cosas no se agotan en esta fugacidad, en este ser mera "circunstancia". En los "facta" alienta algo que nos es "factum", está presente un sentido, una "significación", un "eidos", un puro "ser tal". Esta dimensión no puede ser ya el marco de una existencia cotidiana, es más bien el horizonte de una mirada inteligente que trasciende el espacio y el tiempo. Lo que en este ámbito se muestra no puede ser visto como "instrumento" u "obstáculo" que choca contra nuestro cuerpo. Lo que aquí se manifiesta reclama simplemente ser visto con los ojos asombrados y reverentes del espíritu. Y precisamente esta dimensión de las cosas, invisible a los ojos carnales, mueve al hombre a descubrirse a sí mismo como algo más que mera carne, hace que el hombre descubra en sí mismo, en su naturaleza, una secreta complicidad con esa dimensión intangible de lo real.

Para Rilke, la dimensión invisible de lo real es la decisiva, es su verdadero ser. Toda la realidad, la Tierra, anhela ser llevada a esa dimensión por la palabra humana. La plenitud del ser de las cosas se da para Rilke cuando ellas, despojadas de su peso carnal, muertas a este mundo de la fugacidad, resplandecen en su pura figura "invisible". Así, quedan las cosas instaladas en aquella región del puro presente en la que el Angel domina como su realización más plena. Todas las cosas aspiran, según Rilke, a ser salvadas por su incorporación en la vecindad del Angel. El pontífice que posibilita este tránsito de la Tierra es el hombre-poeta con el instrumento de su palabra. La palabra poética es la palabra esencial, es la que patentiza en las figuras concretas de esta Tierra sus figuras celestiales, eternas. La palabra poética es así un abandono y una auténtica llegada. Es un abandono de la pesadez de lo terreno y una llegada del ser auténtico. Por la palabra poética la Tierra es transfigurada y llevada más allá de su pesadez. En este sentido, la palabra del poeta es el signo de una despedida, de una despedida de las cosas en su fugacidad para recuperarlas, transformadas, en su más auténtico ser. En la poesía acontece así una verdadera salvación de la Tierra, una instalación de la Tierra en un espacio indemne, imperecedero, puro.

La poesía adelanta, en forma vacilante y fugaz, lo que la muerte cumple en forma definitiva. Con la muerte acontece definitivamente la instalación del hombre en el reino que está más allá de la fugacidad, en el reino de las puras patencias significativas, en el reino de las relaciones puras. Testimonio de esto es la *Décima Elegía de Duino*. La palabra poética es entonces la manifestación de las raíces, de los orígenes celestes de la Tierra. Pero la palabra poética se distingue de todo otro hablar humano no sólo por ésa su radicalidad. En la poesía, tal como la entiende Rilke, es necesario notar también su especial tonalidad, su especial "modo de decir" que, en realidad, es más que un simple "modo de decir". Nos referimos al carácter cordial de esta palabra salvífica. La explicación de la especial naturaleza de la palabra poética nos muestra en Mandrioni una rara profundidad en la comprensión de tan difícil cuestión y un fluido dominio del lenguaje adecuado.

El nombrar poético no es un señalar a la distancia cosas que se encuentran frente al poeta. No es un apuntar impersonal a objetos. En el acto poético poeta y cosa se encuentran, se cubren y complican misteriosamente, de modo que el

poeta está en la cosa y la cosa en el poeta, suprimida toda distancia objetivante. Poeta y cosa se regalan mutuamente en un espacio interior que los religa, en un espacio cordial. En ese espacio cordial que se abre en el decir poético se manifiesta la dimensión íntima, cordial de la cosa, más profunda y decisiva que sus contornos conceptualizables. Poeta y cosa se entregan mutuamente en un "espacio cósmico interior", en el que la cosa muestra su intimidad, su "verum" más profundo para que el poeta la acoja en palabras vacilantes, abiertas, sugerentes.

Así entonces, para Rilke el ser verdadero de las cosas —y del hombre— es su dimensión eterna, invisible, esencial y cordial que se manifiesta definitivamente en la muerte y que desde aquí ya anuncia la palabra poética. Pero la palabra poética no sólo patentiza las formas eternas de las cosas, invisibles al ojo carnal, sino que además presenta esas formas en su diferencia frente a su Fundamento, lo más invisible de lo invisible. En lo presentado, la palabra poética hace notar al Presentificante. Pero sólo lo puede hacer como Presentificante de lo presentado. El Fundamento último no es nunca alcanzable en sí mismo y antes de sus presentados, de sus manifestaciones. La palabra poética es un constante salto desde lo manifiesto al Manifestante, un constante aspirar hacia el Manifestante para volver siempre a lo manifestado. Ese fundamento recibe de Rilke diversos nombres: Dios, Fundamento originario, Naturaleza, Abierto, Vida. Este fundamento se derrama en las figuras eternas de las cosas, él es la secreta raíz de todas ellas.

Por supuesto que el filósofo puede plantear en el corazón del pensar de Rilke una serie de preguntas. ¿Ese fundamento es eterno e inmutable? ¿Es ese Fundamento un Dios personal? ¿La "emanación" de las múltiples formas de los entes a partir de ese Fundamento es un proceso necesario? ¿Cuál es la consistencia de esas figuras eternas de las cosas? ¿De qué modo están ellas presentes en las realidades de esta tierra? ¿Cuál es la consistencia y significación axiológica de nuestras realidades terrenas? Son todas preguntas no sujetas a una respuesta unívoca a partir de la lírica rilkeana. Quizás se necesario quedarse aquí, filosóficamente, con una verdadera insatisfacción. El mismo Mandrioni nos dice: "Tal vez sea muy difícil poder ofrecer una respuesta a estas preguntas, que interprete fielmente la intención última del poeta; y también podría ser discutible hasta dónde es legítimo exigir de un poeta respuestas de este tipo. Pero el pensamiento rilkeano, sin perder su fuerza y sugestión poéticas, de tal manera se interna en la trama de estas cuestiones que espontáneamente hace surgir en el espíritu del lector estos interrogantes." (pág. 389).

El Rilke que nos presenta Mandrioni es una fuente rica en sugerencias para la reflexión filosófica y cristiana, pues está todo él impregnado de una atmósfera de absoluto o, quizás mejor, de apertura para una presencia de lo Absoluto que dé sentido al mundo y a la existencia del hombre.

Este libro de Mandrioni, que transita con igual seguridad los caminos de la filosofía y de la gran poesía, es un claro ejemplo de acercamiento profundo a un poeta, desde una actitud de fundamental simpatía y disposición para oír. Es un ejemplo de cómo debe el pensador cristiano prestar atención a todas las voces que en el mundo van abriendo los caminos para una eventual manifestación del Absoluto. Por otra parte, una manifestación de Dios sólo puede ser escuchada por el hombre si constituye una respuesta y un encuentro sobre su propio camino de hombre. En este camino del hombre en el mundo se insertan la poesía de Rilke y el libro de Mandrioni.